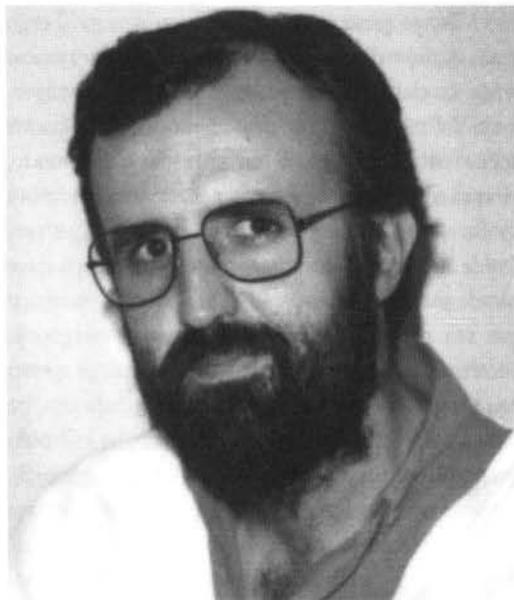


El arte del peligro

Marco Antonio de la Parra

Marco Antonio de la Parra: (Santiago, 1952). Estudió en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, donde obtuvo el título de médico cirujano con especialidad en psiquiatría. Ha publicado cuentos y novelas. Como dramaturgo, su obra ha sido estrenada en Chile y en el extranjero, recibiendo diversos premios y siendo traducida a varios idiomas. También se desempeña como profesor. Entre sus obras más conocidas se cuentan: **La secreta obscenidad de cada día, Infieles, King Kong Palace, Ofelia o la madre muerta.**



El teatro está en peligro. Está en peligro la escritura teatral, la posibilidad de concebir un drama, el rol del actor, las posibilidades expresivas del director de escena que parecieron crecer hasta lo indecible para perderse en océanos de omnipotencia.

Está en peligro el espectador de teatro, especie casi en extinción. Está en peligro la palabra dramática, casi ausente, jalonada, por un lado, por la poesía, deshecha, por otra parte, por el coloquio, desarmada, al fin, por el silencio, el agujero negro que todo lo absorbe.

Es extraño sentirse en peligro. Es un peligro tenue, pero poderoso. No es la guerra, ni el tiroteo por encima de nuestras cabezas. No es la persecución y las carreras por los pasillos, ni el tableteo de las ametralladoras. Es el silencio, el abandono de la palabra, la total quietud de los personajes. Se han quedado mudos. Su voluntad se ha desvanecido. No consigo mantenerlos en escena más de unos minutos. Se van o se deshacen, pronto. Quizás son sólo fantasmas.

Confieso que me divierte esta posibilidad. La prefiero al *glamour* del espectáculo y su linde feroz con la pornografía. Durante un tiempo pensé hacer una pieza teatral que se llamara *Pornografía*. Era una alternativa. Ya hemos muerto mucho en escena, ahora había que fornicar. Pero no se puede fornicar en el

teatro. Resulta horrible, si no es de verdad, y nada hay más feo que un actor viviendo de verdad. La muerte, bueno, la muerte es siempre imaginaria. Por eso la toleramos. De todas maneras, el mismo Stanislavski lo dijo viendo morir a su padre: qué mal morimos.

El drama ha sido destruido. La épica ha sido destruida. La posibilidad de narrar ha sido destruida. La imagen ha sido arrancada de cuajo. Los últimos festivales pirotécnicos son solamente la inercia del grado cero del teatro. Yo, por mi parte, hace unos meses que no escribo nada. Pienso en un texto que se llama *Fluoxetina*. Habla gente, monólogos que se entrecruzan, simulacros de la alegría, bioquímica del psicofármaco. Pienso en un texto que se llama *Televisión*, un estudio en ruinas, el mundo después de la última decadencia en vivo y en directo.

Nos han irradiado, pienso, es el efecto de Hiroshima, de la reiteración de las ondas gama por todas las pantallas del planeta. El actor es un sujeto deforme que ya no tiene palabras para explicar el mundo. El mundo viene en cifras o en gestos espásticos. Mi escritura está dañada. No me puedo sostener en pie. Estamos en la postguerra filosófica disfrazada de paz y de fiesta de fin de siglo. Demolemos lo que quiera y todo con música rock.

Tengo ganas de hacer teatro en griego. Tengo ganas de dejar de ser moderno. Pero, hasta para eso es tarde. Lo cierto es que amo este peligro. Esta peligrosidad del oficio, su condición minoritaria. Me fascina actuar ante la sala vacía, en un espacio incómodo. Necesitamos teatros en ruinas, necesitamos el espíritu de Sarajevo. Sólo es posible el teatro en Sarajevo, donde las palabras sean urgentes y el idioma una clave cifrada para conseguir pan. Quiero escribir un teatro que sea pan caliente. Hambre, deseo, emergencia. Teatro de emergencia, teatro que se sostenga apenas con el actor quieto y su voz resonando bajo una luz mortecina. Detesto la belleza que se nos ha infiltrado por todas partes. Quiero escribir en blanco y negro, iluminar en blanco y negro. Híbridos de héroes mitológicos con gente común y corriente.

El teatro está en peligro. Pero sólo estando en peligro se puede hacer teatro. Lo religioso está en peligro. El ser humano está en peligro. La condición humana está en peligro. Todo se mueve bajo nuestros zapatos. No sólo lo sólido se desvanece en el aire. No nos atrevemos a parpadear por temor a abrir los ojos y no encontrar nada en pie.

Qué momento más bello para escribir. No hay espectadores, no hay escenario. Todo hay que inventarlo de nuevo. Actos sagrados, rituales, palabras que ya no significan nada. No tengo apetitos aristotélicos sino suicidios litúrgicos.

Me quedo mirando cuadros que alguna vez fueron realistas. Su clima, su atmósfera. La ridiculez de todo naturalismo. Escucho música que me cautiva y me dejo llevar por la composición. Sueño mucho. Escribo mis sueños y trazo su estructura. No dejamos de soñar, por muy en peligro que parezca estar el arte en este tiempo. Es que el arte ya no es el arte. Ya no está ahí. Todo hay que mirarlo de perfil, hay que hablar entre dientes, susurrar, farfullar, maldecir.

Necesitamos un teatro imperfecto, deshonesto, falso, que oculte su condición artística. Que parezcan payasos, pero sean profetas. No hay sitio hoy para los artistas. Escriban paradojas. Disfrácese de cómicos de la legua. Cambien de sexo. Pintense el rostro y hagan cabriolas. Entre maroma y maroma, reciten un

Luis Navarro



Evangelio recién sacado del horno. Anuncien la Parusía, la Venida del Señor. Hieran la pobre susceptibilidad de los autosatisfechos. Háganlos sangrar sin que se percaten. Que crean que se ríen. Que no se den cuenta que agonizan.

El actor, también el autor, el director. Todos, hasta las últimas consecuencias. Si el teatro está en peligro es que no hemos sido suficientemente arriesgados. Destruyamos el teatro. Deshagamos sus esquemas. Incluso, si es posible, hagamos a Shakespeare en inglés antiguo pero pronunciando en mapuche. No es posible imaginar mejor momento para el teatro, que el éxito final del capitalismo y su cultura hedonista. Ha desalojado a todas las artes y ha convertido todo en decoración de interiores. La belleza ha expulsado de su cama a la verdad y se ha quedado sola y onanista.

El que abra la boca debe correr riesgos. Hay que decir palabras en llamas, sin trucos de tragafuegos. Hay que quemarse algo más que las pestañas. Decir, por ejemplo, con seriedad y convicción: el teatro ha muerto. Y basta decirlo para que no muera.

Invitar al espectador a un sitio en ruinas. Esperar la luz del mediodía o la luna llena, actuar bajo la tormenta. Que sienta el peligro como lo sentimos nosotros. El único peligro real para el teatro es el



La tierra insomne/La puta madre o La Orestíada de Chile, de M.A. de la Parra. Dirección de Viviana Steiner. Muestra Nacional de Dramaturgia (SEGG), 1998. En la foto: Margarita Barón y Rodrigo Marquet.

desaliento. No tener voluntad. Creer que éste es el mejor de los mundos. Esperar el aplauso que ya no existe. Ya no es lo que era.

Con pasión, declarar extinguida la palabra y pervertida la imagen. No hay gesto posible. Apagar la luz, quedarnos quietos. La mirada basta. El teatro no muere. Ni modo. Sigue vivo. Se repite, porfiado, tenaz. Está libre de atributos accesorios. Ni es el centro del mundo ni es la diversión masiva ni calma los espíritus. Despojada, empobrecida, desnuda.

El teatro actual es de agitadores, de sobrevivientes, de mendigos, de pequeños delincuentes. Nuestros reyes deambulan entre los basurales, nuestros héroes trágicos no son tomados en cuenta, nuestros comediantes se ubican en los pasillos del Metro. Hay que tomar al público por asalto. En una calle oscura, con una pandilla. Forzado a la revelación. Nadie quiere ver la verdad.

La verdad se ha vuelto fea. Está sola y se ha tornado amarga e indisciplinada. Hay que juntarla otra vez con la belleza. Hay que tratarla de nuevo en el pobre estado en que ha sido abandonada. Lavarla,

limpiarla, vestirla, alimentarla. Aguardar un momento mejor. Pienso en una banda de rufianes que hagan teatro a mansalva. Teatro terrorista. El monólogo de Hamlet como una bomba, las esquirilas de Beckett contra el piso. En el centro de un *mall*, en medio de las tiendas por departamentos. Por encima de esas reservas indias, esos campos de exterminio que son los circuitos oficiales. El teatro está en peligro. No lo quieren matar porque saben que muerto es como más trágico se pone.

Hagamos teatro de fantasmas. Teatro de horror. Enseño a mis alumnos cómo convertir las palabras en puñales. La composición en una estrategia. Que dejen en la orilla el argumento, que no se deshagan de la fuerza del carácter. Que piensen a menudo en la belleza como un amor perdido. Una amante imposible que se debe rescatar alguna vez, aunque sea irreplicable.

Escribo un teatro irrepresentable, imposible de montar, de monólogos extensos, de vocablos ocultos. Quiero que mi lenguaje suene como un idioma extranjero, que el espectador de pronto descubra que es la lengua de su madre, que era huérfano, que debe correr a los brazos que lo amamantaron.

Es un teatro doloroso de escribir, de hacer, de presenciar. Sobre ese dolor trabajo. El dolor de la experiencia más fuerte posible, el dolor que abre la mente como un territorio para una siembra cada vez más poderosa. Gota a gota. Soy el azadón de generaciones futuras. El teatro es un arado con punta de madera quemada, es primitivo, pero funciona. No le interesa la eficiencia, ni la grandiosidad. No quiere ser ni televisión ni ópera. No debe intentarlo. No permitirá que se chamusquen sus alas con el ardor de los reflectores.

Ese es mi teatro actual. Oscuro, pleno, grave, agudo. La voz me interesa mucho. Porque me interesa el silencio. La quietud, porque me interesa el cuerpo. La luz, pero solamente como un rayo que cae sobre nuestras cabezas.

La luz que estamos esperando.

Estamos en peligro.

El teatro es el arte del peligro.